

El impuesto uruguayo

El gobierno de Montevideo acaba de gravar con un impuesto, por todos resistido, la importación de revistas y periódicos del extranjero. Y, naturalmente, a pesar de la tan cacareada fraternidad americana, las revistas y periódicos de la Argentina son también extranjeros en la otra banda. Lo cual, por cierto, no es lo más grave. Hay algo peor y es la impunidad que dicho impuesto asegura a los directores de diarios y revistas del Uruguay. Ahora pueden transcribir cuanto de bueno y de malo se publica aquí en la seguridad de no ser descubiertos ni siquiera por sus lectores. Pero a eso y no a lo otro llama es el Uruguay difusión de la cultura... Urge, pues, que los escritores y periodistas argentinos se defiendan, empezando por devolver al Uruguay algunas de nuestras revistas "culturales". Por ejemplo: "Atlántida", "Para Ti", "Billiken", "El Gráfico" y demás publicaciones del Sr. Vigil.

NUESTRO IDIOMA

por B. Sanín Cano

HAY en las repúblicas americanas del norte, en España y aun en Inglaterra, entre las personas que han vivido en la Argentina largo tiempo, la opinión muy extendida de que en el Plata se habla y se escribe muy mal el castellano. Hay más todavía. Los mismos argentinos, haciendo gala de una modestia que se destruye a sí misma, asienten a la opinión de los extranjeros. Sin embargo, en Buenos Aires hablan mal el español los que lo hablan mal, y lo hablan bien quienes conocen y aman su lengua. En verdad, en ninguna parte de América es tan manifiesta la preocupación por las cuestiones que atañen al buen hablar y a la corrección en el uso de las palabras, como en la República Argentina. Uno de los grandes reparos que el extranjero le pone al habla de los argentinos es que allí se usa el pronombre "vos" con una forma antiquada de la segunda persona plural: "Vos no sabés". Ese defecto no es tan solo del Plata, e indudablemente fué usanza española de las gentes de la stirpe naturalizada en América. Es posible que los americanos de habla castellana hayan corrompido la práctica antigua usando del "vos", que es plural, y el "te", que es singular, con referencia a un mismo sujeto: "Déjate vos de hacerte el santo". "Vos no sabés conducirte", enorme solecismo de la lengua hablada, que tampoco es privativo de las gentes del sur.

En cuanto a la lengua escrita, en la Argentina hay quienes escriben mal, voluntariamente, siguiendo las doctrinas del "criollismo", no solamente artístico sino también sentimental, porque esas teorías, lo mismo en el mediodía que en el norte, están matizadas de nacionalismo. Hay también en el Plata, como en todas partes, gentes que escriben mal por ignorancia. Pero al lado de éstos hay quienes escriben muy bien, que se cuidan minuciosamente de castigar la frase y escoger el vocablo preciso, no solamente por razones de claridad sino por atender a nociones estrictas de decoro.

Hay localismos en la Argentina. No puede evitarse que los haya. En naturaleza tan rica como la americana y tan distinta de la española es absolutamente indispensable que el localismo surja para que el idioma cumpla su destino. Sin embargo, en materia de localismos no se ha estudiado lo suficiente para dirimir todas las cuestiones que se presentan al observador desprevencido. La misma palabra que en Antioquia llamamos "yuyo" y que en Cundinamarca lleva el nombre de "chisacá" (voz indígena), se designa en la Argentina como en Antioquia. El diccionario de la academia, definiendo esta palabra, dice: "yuyo (del quichua "yuyu", hortaliza). En la República Argentina hierba inútil o que no come el ganado, por ser perjudicial". La definición, como las que suele formular la academia, es perfecta: el ganado ha descubierto que el "yuyo" es perjudicial. En Colombia, sin embargo, la capacidad experimental de los ovinos, usa de procedimientos más ciertos que la academia y el ganado de otras regiones, porque suele alimentarse de yuyo con gran provecho. Don Leopoldo Lugones es de sentir que "yuyo" viene de "lolium", aunque no hay ejemplo de palabra latina en que la *l* se haya convertido en *y*. "Lilium" habría dado *ylio* en vez de *liro*, caso de que la transformación fonética preconizada por Lugones hubiera sido general. Con todo, hay el caso de "llevar", deri-

POLITICA LITERARIA

por Luis Franco

TENGO la sospecha de que somos el pueblo más político de la tierra. La política nos comprende a todos, acaparando nuestra ocupación, nuestra preocupación y nuestro sueño, nuestro interés y nuestro desinterés. Es a un tiempo el deporte, la industria y la teología nacionales. Lo prueban nuestra breve y accidentada biografía democrática y singularmente los últimos sucesos públicos de tan marcado carácter apocalíptico. ¿Qué mucho, pues, que siendo el argentino una alimaña esencialmente política no pierda sus rasgos determinantes, ni mucho menos, en sus incursiones por la literatura, o sea este largo y reiterado esfuerzo por divertir aburridamente al público por medio de la palabra erudita o florida?

En efecto, en nuestro lugar y momento, profesionalmente, el *homo literatus* pone en juego recursos y expedientes de impecable filiación conitiquera y electoralista. Es la regla, por lo menos, en que no faltan, claro está, unas cuantas pobres excepciones que me avergüenzo de citar aquí, por contarse algunos de mis amigos entre ellas.

Contrariamente a lo que podría suponer algún sobreviviente romántico, el argentino actual cree — y lo demuestra patéticamente — que el cultivo de la literatura no requiere vocación: basta con proponérselo o si se quiere, con que la necesidad lo exija. Desde luego, la preparación profesional, técnica, es absolutamente innecesaria. Sé del caso de un aprendiz de pintor que en una revista divulgación de pintoresca eficacia la crítica de libros. Sé también el caso de un mozabete que recomendado al director de un diario como aventajado ascensorista, hubo, por inconvenientes de acomodo inmediato, de conformarse con ocupar sólo una vacante de redactor.

No faltará quien se crea obligado a indignarse ante la reiterada comprobación de que el secreto profesional del escritor consiste en no saber escribir, pero a mi permítame enroscarse severamente a la literatura — *vicio cortesano* — el fracaso o la pérdida de más de un hacendoso empleado de Banco o un joven tendero de brillante porvenir.

No es incompatible "qué va a ser" — el escajeo de la literatura con una magnífica ignorancia de caballero feudal. Es cuestión, eso sí, de contar con una voluntad y una resolución a prueba de leones.

Hay al respecto, casos que pueden interesar de veras. Pero prefiero concluir estas adreñas divagaciones, incluyendo un proyecto de inmediato carácter práctico.

Se trata de lo siguiente, expuesto con la brevedad del caso. Creo que el innegable incremento de nuestra vida literaria y sobre todo el carácter especialísimo que va cobrando de un tiempo a esta parte, están solicitando premiosamente una legislación literaria. La sociedad de escritores, que cuenta con varios días de longevidad, podría abordar concienzudamente el problema: Yo por mi parte, abogo desde ya por la crea-

ción de un derecho penal ad-hoc, es decir, de un derecho penal literario. He aquí, según la autorización incompetencia de un ex-desertor de la Facultad de Derecho, parte del articulado de mi proyecto de código — es decir, de uno de los tantos que podría presentarse como contribución al benemérito intento de poner un poco de orden, precisando deberes y derechos, en esta enrevesada vida literaria argentina.

Artículo 1º — La mayoría de edad literaria empezará para el sexo taciturno a los veinticuatro años cumplidos, si bien las autoridades correspondientes podrán conceder excepciones en casos sospechados de excepcionales, aunque para ello se debe contar con la totalidad más uno de sus miembros. Los derechos literarios no le serán concedidos a la mujer, sin excepción que valga, hasta no haber cumplido los treinta años. (Este requisito draconiano busca impedir el ingreso a la literatura de las mujeres que no tengan una vocación suicida por ella, ya que la mayoría preferirá todo a despejar la incógnita de sus años mortales).

Art. 2º — Queda prohibida la publicación de un libro primogénito o segundón. El escritor nacera a la vida editorial y a los peligros de la fama solo con el tercer libro.

Art. 3º — Para el reconocimiento oficial del título de literato, con sus privilegios y responsabilidades consiguientes, el interesado demostrará su conocimiento de la lectura y la escritura, sin que pueda eximirse de dicha prueba la presentación de títulos universitarios u otras condecoraciones.

Art. 4º — Queda prohibido todo acto de adulación pública o privada por parte de un literato hacia un colega mayor y sobre todo hacia un político — visto que el papelegico es la más ríspida de las especies retóricas.

Art. 5º — Será asimismo mal visto por los Jueces cualquier acto de poco gusto o elegancia literarios; por ejemplo: comprar o vender críticas turiferarias, alquilar prólogos que no dejen ver el libro; firmar por casualidad una página redactada por otro...

Art. 6º — Los individuos que con mayor o menor insipidez cultivasen la difamación y el insulto, géneros literarios completamente desprestigiados, serán entregados a la justicia común. En caso de reincidencia, deberá destinarse al barrido vitalicio de las calles.

Art. 7º — El escritor que dejase por lo menos un espacio de cinco años entre la publicación de cada uno de sus libros, se hará acreedor al premio *Estímulo a la continencia* y sus obras serán adquiridas por el Estado con destino al Museo Histórico Nacional. Por el contrario, el autor que por la frecuencia y magnitud de sus partos editoriales revelase claramente un tesoro espiritual de agresión, será castigado según el *sententium* de la gravedad, con penas que podrán ir por ejemplo desde la copia manuscrita o dactilográfica del Enciclopédico Hispano Americano, hasta la lectura completa de su propia *opera omnia*.

En este número:

Nuestro idioma por B. Sanín Cano; Política literaria por Luis Franco; Carlos Chaplin por Waldo Frank; *Estética nihilista* por Enrique Espinoza; El filósofo que no encuentra su tema por Rafael Suárez Solís; *La sonrisa del candidato* por R. Scalabrini Ortiz; El anillo por Enrique Méndez Calzada; *Notas y notabilidades* por La Redacción; *Critica de libros* por Samuel Glusberg y Eduardo Uribe.

En el próximo número publicaremos: *Del gobierno democrático* por Leopoldo Lugones; *Poemas del ejército* por José Pedroni; *Diálogo inverosímil* por Ezequiel Martínez Estrada; *Los mendigos del érito* por Horacio Varela; *Notas bibliográficas* por César Tiempo; Protasio Lucero y Hernán Gómez.

CARLOS CHAPLIN

por Waldo Frank

Los mitos de refugio en la personalidad o en la lejana poesía de las campiñas, pueden ser arte superior, y son necesarios en un período de precultura: estimulan a la personalidad y al caos — los animan y los preparan para la unión creadora. En el arte de Charles Chaplin, tenemos una prueba elocuente de que este proceso preparatorio es un rasgo de todos nosotros pueblo e intelectuales por igual. El mundo de Charles Chaplin está, sin embargo, en constante contacto con el mundo "exterior". Para expresar su subterfugio de la torpeza, ha creado con su cuerpo entero una máscara detrás de la cual la humanidad, en su triste hora de relajamiento, gusta ocultarse. El es la suprema expresión de este grupo de artistas y uno se admira, en efecto, si el subterfugio podría realizar más belleza que la suya. Observado que el hombrecito inútil nunca se coloca frente al mundo; aún su modo de caminar es un símbolo de su disimulado salirse del camino; y el final más perfecto de un film de Chaplin es su figura, vuelta de espaldas, que se va perdiendo en el horizonte. Observado también su inhabilidad de construir una trama que sea más que un contraste negativo para él mismo. Desde sus pies hasta el extremo de su bastoncito, Chaplin lleva en sí su propio cosmos; todo lo demás no es aplicable. Pero en esta insignificancia reside la belleza y la gracia. Nos colocamos de su lado, porque todo nuestro amor reside en sus reducidos dominios. Le damos la victoria sobre el Poder. Carlitos trabajando en un banco (como nosotros), huyendo de la policía, arrojando pasteles ineficaces contra las Autoridades y el Orden, es una franja de dulzura y luz en el cuerpo miserable de nuestra obscuridad. Pero la noción de su arte es siempre aquella de que las cosas que amamos son caprichosas, quiméricas e inertes. No hay esperanza, no hay conflicto, ni resultado efectivo. Chaplin es un pesimista y un derrotista (como todos los grandes maestros de lo cómico). La comedia es el arte de la huida y la inducción de la huida es de que no existe ninguna esperanza de permanecer firme. El arte de la confrontación es tragedia. Donde hay esperanza de vida, hay voluntad de afrontarla en su verdad amarga, existe también la necesidad de probar la esperanza por la verdad. La canción de Chaplin es el reverso. Su motivo es una asuta defensa personal formada por la negativa de aceptar el desafío de nuestra jungla y una retirada al reino personal de las hadas. ¡Allí, ante la seguridad de lo irreal, con la belleza y el amor platónicamente presentes, uno se atreve a dar un papirotazo y hasta un pantapie al mundo!

Estética nihilista

por Enrique Espinoza

Más de una vez Leopoldo Lugones ha jugado su prestigio intelectual en favor de su credo político...

to como en todo, Lugones es demasiado extremista. Para atacar fundadamente a Barbusse, a quien Cancela clasificó literariamente como un enriquecido de la guerra...

El filósofo que no encuentra su tema

(Fragmento de una correspondencia titulada Ortega y Gasset gitano, remitida por D. Rafael Suárez Solís a sus compatriotas de la revista 1928)

ESTAMOS ante el caso más curioso de la literatura española contemporánea, y es preciso detenerse reverentes. Porque es éste un héroe tan de carne y hueso como "Don Quijote" o como "Hamlet", como "Fausto", y tan abstracto y nietzscheano como Cervantes, Shakespeare, Goethe...

fo nadie aporte el documento de su filosofía. Está, quizás, toda su obra por hacer, cuando es el hombre que haya hecho, tal vez, más y mejor literatura en España. Había dicho que la cuartilla, generalmente, retiene poco de un escritor esencial...

La sonrisa del candidato

por R. Scalabrini Ortiz

CUANDO las elecciones se aproximan, el candidato considera imprescindible difundir los rasgos de su fisonomía. Quizá en su ánimo paja más una vanidad fotogénica que una ambición electoral...

El arte a nada puede subordinarse sin deshonra. Es cierto. Por eso no hay que sub-

El anillo - Un cuento de Enrique Méndez Calzada

DOROTHY Kiss — bueno es advertirlo — no se llamaba Dorothy Kiss. Su verdadero nombre era Edelmira Fernández; pero, desde que comenzó a trabajar como simple corista en los teatros de género alegre, se la conocía en todas partes por ese nombre...

magamente, los líbicos de ella y los de él, unos y otros azucarados todavía de "chartreuse" o de "benedictine". En tales ocasiones, el literato, como con una vaga sensación de repugnancia, se había pasado disimuladamente el pañuelo por los labios, a fin de remover el bermellón cosmético que en ellos pudiera haber quedado.



Enrique Méndez Calzada

Y eso era todo. Aún cuando tantas circunstancias exteriores pudieran hacerle pensar, no habían ocurrido nunca cosas más serias entre aquellas dos personas de sexo opuesto. Para Edelmira Fernández — o para Dorothy Kiss, si es que alguien lo prefiere — todo aquello no dejaba de resultar anómalo, y no podía menos que pensarlo así, intimamente contrariada, cada vez que el literato, luego de ofrecerle un beso como desganado, volvía a hundirse en su sillón Morris y encendía un nuevo cigarrillo egipcio. ¡Qué clase de hombre sería aquel, que estaba siempre dispuesto a acompañarla en sus paseos, a interrumpir su trabajo o sus cavilaciones para recibir su visita, a satisfacer sus pequeños caprichos, — este frasco de perfume, aquel muñeco de trapo, aquella bombonera, — y que no manifestaba el menor deseo de llevar hasta sus últimas consecuencias la relación que existía entre ambos? ¡Sería un individuo anormal, sería un enfermo, sería un...?

Lo indiscutible es que era bueno para con ella, servicial, atento, solícito, complaciente; y nunca está de más que una mujer sola en el mundo, tenga un amigo de confianza. Ahora bien: pocas personas habrán estado en el mundo más solas, más sin parientes que Dorothy Kiss; no en cuanto Edelmira Fernández, puesto que, como tal, tenía un montón de hermanos pudiéndose en la mugre de un conventillo de la calle Venezuela, sino, precisamente, en cuanto Dorothy Kiss, mujer emancipada y artista de renombre en las inmediaciones de Esmeralda y Corrientes.

Roberto J. López, nuestro literato, no era, en realidad, lo que suele entenderse por un individuo a-hornal. Si en sus escritos se esforzaba por dar la nota de la suma exquisita, en su trato cotidiano era un sujeto corriente, afable y llano, sin nada de particular; un hombre como otro cualquiera. ¡Qué era para él aquella muchacha, qué significaba en el curso un tanto monótono de su existencia absorbida por preocupaciones intelectuales, y por pequeñas tareas que no requerían gran despliegue de actividad? Poca cosa. Era, simplemente, un amable interlocutor cuyas puerilidades le hacían sonreír. El no ignoraba que aquella muchacha de figura esbelta, de ojos negros como su melena, de tez trigueña, de detalle elástico, de blancos dientes iguales, de tobillos finos, que aquel elegante y adorable animalillo provocaba donde quiera que iba verdaderos incendios pasionales. Sabía perfectamente que eran numerosos en la ciudad los varones que codiciaban sus caricias y que las hubieran recompensado con la largueza consentida por cada peculio. El había visto aparecer noche tras noche en el escenario del teatrillo céntrico, coruscante de lentejuelas y constelada de gemas tan falsas como deslumbradoras, adornada, sobre todo, de gracia y de juventud; y había escuchado la fragorosa ovación de entusiasmo con la que acogía cada vez el concurso masculino. Por su parte, no había dejado de reconocer que estaba cautivadora, en su caprichoso "travesti" de mariposa, con aquellas dos inmensas alas versicolores que le habían puesto a la espalda. Siempre, siempre había debido convenir en que era una hermosa muchacha. Vestida de alcafofa, de "groom", de Julieta, de aeroplano, de porcelana de Sévres, de sirena, de gendarme, de Gioconda, de paje medieval, de libélula, de "geisha", de Josefina Baker, de aviador, de María Antonieta, de bacante, de gondolero, de Poesía, de Candor, de cigarrillo habano, de Virgindad, de Mesalina, de campesina ucraniana, de florero, de contrabandista, de bruja en noche de Walpurgis, de quebrubín, de Cupido, de gitana, de tiesto de claveles, — nunca había desconocido Roberto J. López el fundamento de la admiración general. ¡Por qué, pues, al tenerla a su lado, en la soledad de su cuarto de estudio y de trabajo, en la alta noche, mientras la ciudad dormía su cotidiana borraquera de acción, no le producía una mayor... — ¡cómo decirlo! — una mayor conmoción vasomotora? ¿Por qué, en rigor, — analizados a fondo sus sentimientos —, no le era posible decir que la codiciase? En verdad que todo aquello le daba que pensar.

Por aquel tiempo el literato escribía los últimos capítulos de una extensa novela psicológica, trabajo "de gran aliento", en el que había cifrado muchas esperanzas. Tanto le absorbía aquella labor, que llegó un momento en que ni salía de su casa. Se pasaba las horas tecleando ante la máquina de escribir, en estado de inspiración, "en trance". Transcurrían así bastantes días sin que tuviera noticias de su amiga Dorothy Kiss. De la casa en que vivía, y a la que telefoné, le informaron que Dorothy Kiss se había mudado sin dejar su nueva dirección. Hubiera podido averiguarla con sólo ir al teatro, pero

diano era un sujeto corriente, afable y llano, sin nada de particular; un hombre como otro cualquiera. ¡Qué era para él aquella muchacha, qué significaba en el curso un tanto monótono de su existencia absorbida por preocupaciones intelectuales, y por pequeñas tareas que no requerían gran despliegue de actividad? Poca cosa. Era, simplemente, un amable interlocutor cuyas puerilidades le hacían sonreír. El no ignoraba que aquella muchacha de figura esbelta, de ojos negros como su melena, de tez trigueña, de detalle elástico, de blancos dientes iguales, de tobillos finos, que aquel elegante y adorable animalillo provocaba donde quiera que iba verdaderos incendios pasionales. Sabía perfectamente que eran numerosos en la ciudad los varones que codiciaban sus caricias y que las hubieran recompensado con la largueza consentida por cada peculio. El había visto aparecer noche tras noche en el escenario del teatrillo céntrico, coruscante de lentejuelas y constelada de gemas tan falsas como deslumbradoras, adornada, sobre todo, de gracia y de juventud; y había escuchado la fragorosa ovación de entusiasmo con la que acogía cada vez el concurso masculino. Por su parte, no había dejado de reconocer que estaba cautivadora, en su caprichoso "travesti" de mariposa, con aquellas dos inmensas alas versicolores que le habían puesto a la espalda. Siempre, siempre había debido convenir en que era una hermosa muchacha. Vestida de alcafofa, de "groom", de Julieta, de aeroplano, de porcelana de Sévres, de sirena, de gendarme, de Gioconda, de paje medieval, de libélula, de "geisha", de Josefina Baker, de aviador, de María Antonieta, de bacante, de gondolero, de Poesía, de Candor, de cigarrillo habano, de Virgindad, de Mesalina, de campesina ucraniana, de florero, de contrabandista, de bruja en noche de Walpurgis, de quebrubín, de Cupido, de gitana, de tiesto de claveles, — nunca había desconocido Roberto J. López el fundamento de la admiración general. ¡Por qué, pues, al tenerla a su lado, en la soledad de su cuarto de estudio y de trabajo, en la alta noche, mientras la ciudad dormía su cotidiana borraquera de acción, no le producía una mayor... — ¡cómo decirlo! — una mayor conmoción vasomotora? ¿Por qué, en rigor, — analizados a fondo sus sentimientos —, no le era posible decir que la codiciase? En verdad que todo aquello le daba que pensar.

Lo indiscutible es que era bueno para con ella, servicial, atento, solícito, complaciente; y nunca está de más que una mujer sola en el mundo, tenga un amigo de confianza. Ahora bien: pocas personas habrán estado en el mundo más solas, más sin parientes que Dorothy Kiss; no en cuanto Edelmira Fernández, puesto que, como tal, tenía un montón de hermanos pudiéndose en la mugre de un conventillo de la calle Venezuela, sino, precisamente, en cuanto Dorothy Kiss, mujer emancipada y artista de renombre en las inmediaciones de Esmeralda y Corrientes.

Roberto J. López, nuestro literato, no era, en realidad, lo que suele entenderse por un individuo a-hornal. Si en sus escritos se esforzaba por dar la nota de la suma exquisita, en su trato cotidiano era un sujeto corriente, afable y llano, sin nada de particular; un hombre como otro cualquiera. ¡Qué era para él aquella muchacha, qué significaba en el curso un tanto monótono de su existencia absorbida por preocupaciones intelectuales, y por pequeñas tareas que no requerían gran despliegue de actividad? Poca cosa. Era, simplemente, un amable interlocutor cuyas puerilidades le hacían sonreír. El no ignoraba que aquella muchacha de figura esbelta, de ojos negros como su melena, de tez trigueña, de detalle elástico, de blancos dientes iguales, de tobillos finos, que aquel elegante y adorable animalillo provocaba donde quiera que iba verdaderos incendios pasionales. Sabía perfectamente que eran numerosos en la ciudad los varones que codiciaban sus caricias y que las hubieran recompensado con la largueza consentida por cada peculio. El había visto aparecer noche tras noche en el escenario del teatrillo céntrico, coruscante de lentejuelas y constelada de gemas tan falsas como deslumbradoras, adornada, sobre todo, de gracia y de juventud; y había escuchado la fragorosa ovación de entusiasmo con la que acogía cada vez el concurso masculino. Por su parte, no había dejado de reconocer que estaba cautivadora, en su caprichoso "travesti" de mariposa, con aquellas dos inmensas alas versicolores que le habían puesto a la espalda. Siempre, siempre había debido convenir en que era una hermosa muchacha. Vestida de alcafofa, de "groom", de Julieta, de aeroplano, de porcelana de Sévres, de sirena, de gendarme, de Gioconda, de paje medieval, de libélula, de "geisha", de Josefina Baker, de aviador, de María Antonieta, de bacante, de gondolero, de Poesía, de Candor, de cigarrillo habano, de Virgindad, de Mesalina, de campesina ucraniana, de florero, de contrabandista, de bruja en noche de Walpurgis, de quebrubín, de Cupido, de gitana, de tiesto de claveles, — nunca había desconocido Roberto J. López el fundamento de la admiración general. ¡Por qué, pues, al tenerla a su lado, en la soledad de su cuarto de estudio y de trabajo, en la alta noche, mientras la ciudad dormía su cotidiana borraquera de acción, no le producía una mayor... — ¡cómo decirlo! — una mayor conmoción vasomotora? ¿Por qué, en rigor, — analizados a fondo sus sentimientos —, no le era posible decir que la codiciase? En verdad que todo aquello le daba que pensar.

Cuadernos Literarios de Oriente y Occidente

Director: ENRIQUE ESPINOZA

Waldo Frank: El milagro del Greco. Joseph Kessel: Tierra de amor. José Carlos Mariátegui: Semitismo y antisemitismo. Julio Fingert: De la dialéctica y de la imaginación.

Jorge Branda: El Libro de los Cantares. E. Martínez Estrada: Humoresa Heineana. Ernst Elster: Introducción al Cancionero. Fernández Moreno: Romance de Heine.

Alfred Kerr: Heine, el Judío. Carlos M. Grünberg: Canción de Heine a Jehuda ben Halevy. Israel Zangwill: La tumba de lana. Alberto Gerchunoff Cadosch.

NOTAS Samuel Glusberg: En la muerte de Israel Zangwill. Enrique Espinoza: La fábula del cachalote Rojas. — Biblia Heineana. Calzada: Una Míza Heineana. PRECIO \$ 2.50 - INTERIOR \$ 2.60. "EL ATENEO" FLORIDA 371 - CORDOBA 2699 BUENOS AIRES

No deje de leer la novela del día

W. H. HUDSON LA TIERRA PURPUREA

Interesantísima novela que ha merecido unánimes elogios de la crítica mundial. Entre otros D. MIGUEL DE UNAMUNO ha escrito: "Sobria obra... No deja de libro de recordar al Quijote; es quijotesco. Todo un poema el libro."

Un grueso tomo en 8.º con cubierta en colores \$ 2,50

PALACIO DEL LIBRO 49 - MAIPU - 49 BUENOS AIRES

7 en las principales librerías del país

Lea Vd. el ultimo libro de JORGE LUIS BORGES

El Idioma de los Argentinos

Y OTROS ENAYOS \$ 2,50 En todas las Librerías

Establecimiento Gráfico A. Baiocco y Cia.

LIBROS - REVISTAS TRABAJOS COMERCIALES Y DE LUJO

Editorial Meterete

Rivadavia 5370 - Bs. As.

COLECCION LA VIDA LITERARIA. Desde el N.º 1. El nacionalismo por Leopoldo Lugones; Política sorda, por Arturo Cancela; Cartas sin permiso, por Alfonso Reyes; Hamlet en Buenos Aires, por Roberto Gache; Quijote, por Fernández Moreno; Mister de Juglaría, por Escogel Martini; Estrada: Pedro Fajardo por Alberto Pichich y Dos poemas, por Luis L. Franco; La información filosófica, por Francisco Romero; Diez minutos con el autor de "El Salvaje", por Enrique Espinoza; Una noche de Edén, por Horacio Quiroga; Crítica de libros, por Roberto Gerchunoff, Guillermo Estrada, Julio Fingert y Eduardo Uribe. Sr. Administrador de LA VIDA LITERARIA. Av. de Mayo 560. Acompaña \$ 2.- en para que me suscriba por un año desde el N.º. Nombre. Domicilio. Ciudad. SUSCRIBASE ENSEGUIDA

RAFAEL SUAREZ SOLIS BANCO HIPOTECARIO NACIONAL 25 de Mayo 245/63 - Paseo L. N. Alem 232/46/60 BUENOS AIRES Sucursales en toda la República. AHORRE USTED! El ahorro contribuye al bienestar de la familia, moderando los excesos del lujo y del placer. El ahorro no solamente conduce a la independencia económica de quien lo practica, sino que además contribuye al engrandecimiento de la Nación. Asegura un interés mínimo del 6% anual. El Banco se encarga de la compra-venta de las cédulas y las recibe en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo. En cualquier momento, puede hacerse efectivo el valor de las cédulas. Solicite mayores datos en la Oficina de Informes del Banco

BABEL PUBLICA. Tres novelas del Plata, por A. Giménez Pastor. \$ 2.00. Seis ensayos en busca de nuestra expresión, por P. Henríquez Ureña. \$ 2.50. París, glossario argentino, por Roberto Gache. \$ 2.00. Poemas solares, por Leopoldo Lugones. \$ 2.50. Los trabajos y los días, por Luis Franco. \$ 2.00. Las tardes, por Francisco López Merino. \$ 2.00. El hilo de oro, por Pedro Miguel Obgado. \$ 2.50. Motivos del cielo, por Ezequiel Martínez Estrada. \$ 2.00. Baile y filosofía, por Roberto Gache. \$ 2.50. El salvaje, por Horacio Quiroga. \$ 2.00. EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

Grandes Escritores Argentinos Director ALBERTO FAJOS. OBRAS PUBLICADAS: Discursos populares. — Juan B. Alberdi: Autobiografía. — Lucio V. Mansilla: Retratos y Recuerdos. — Juan B. Alberdi: Viajes y Descripciones. — Nicolás Avellaneda: Discursos Seleccionados. — Domingo F. Sarmiento: Cuatro Conferencias. — General Tomás Guido: San Martín y La Gran Epopeya. — Lucio V. López: La Gran Aldea (novela). — Lucio V. Mansilla: Entre-nos. — Cornelio Saavedra, Manuel Belgrano, Martín Rodríguez y Tomás Guido: Los sucesos de Mayo contados por sus actores. — Bartolomé Mitre: Arengas Seleccionadas. — Esteban Echeverría: Los ideales de Mayo y la Tronía. — Félix Frías: La gloria del tirano Rosas. — Alfonsín: Obras Completas: Poesías. — Guillermo Rawson: Polemias con Sarmiento. Discursos y escritos políticos. — Florentino Ameghino: Conceptos fundamentales. Conferencias y escritos científicos. — Nicolás Avellaneda: Discursos magistrales. — Domingo F. Sarmiento: Los caudillos. — Esteban Echeverría: Páginas Literarias. PRECIO \$ 2.50 - INTERIOR \$ 2.60. "EL ATENEO" FLORIDA 371 - CORDOBA 2699 BUENOS AIRES 1 vol. \$ 2.50

Grandes Escritores Argentinos Director ALBERTO FAJOS. OBRAS PUBLICADAS: Discursos populares. — Juan B. Alberdi: Autobiografía. — Lucio V. Mansilla: Retratos y Recuerdos. — Juan B. Alberdi: Viajes y Descripciones. — Nicolás Avellaneda: Discursos Seleccionados. — Domingo F. Sarmiento: Cuatro Conferencias. — General Tomás Guido: San Martín y La Gran Epopeya. — Lucio V. López: La Gran Aldea (novela). — Lucio V. Mansilla: Entre-nos. — Cornelio Saavedra, Manuel Belgrano, Martín Rodríguez y Tomás Guido: Los sucesos de Mayo contados por sus actores. — Bartolomé Mitre: Arengas Seleccionadas. — Esteban Echeverría: Los ideales de Mayo y la Tronía. — Félix Frías: La gloria del tirano Rosas. — Alfonsín: Obras Completas: Poesías. — Guillermo Rawson: Polemias con Sarmiento. Discursos y escritos políticos. — Florentino Ameghino: Conceptos fundamentales. Conferencias y escritos científicos. — Nicolás Avellaneda: Discursos magistrales. — Domingo F. Sarmiento: Los caudillos. — Esteban Echeverría: Páginas Literarias. PRECIO \$ 2.50 - INTERIOR \$ 2.60. "EL ATENEO" FLORIDA 371 - CORDOBA 2699 BUENOS AIRES

Notas y notabilidades

UNA consecuencia más de la primera Exposición Nacional del Libro, ha sido la formación de la Sociedad Argentina de Escritores, definitivamente constituida el 31 de octubre, al final del banquete que los más destacados escritores nacionales ofrecieron a la Junta Ejecutiva, presidida por el Dr. Enrique Larreta.

Don Rómulo Zabala, después de explicar los trabajos preliminares que se realizaron en el Museo Mitre, proclamó la primera comisión directiva, que fue aprobada en la siguiente forma: Leopoldo Lugones; vicepresidente, Horacio Quiroga; secretario, Samuel Glusberg; tesorero, Manuel Gálvez; vocales: Rafael Alberto Arrieta, Enrique Banchs, Jorge Luis Borges, Leonidas Barletta, Arturo Canelo, Arturo Capdevila, Nicolás Coronado, Fernández Moreno, Roberto Gache, Alberto Gerchunoff, Arturo Giménez Pastor, Roberto F. Giusti, Víctor Juan Guillot, Enrique Larreta, Roberto Ledesma, Carlos Alberto Lumann, Félix Lima, Ezequiel Martínez Estrada, Alvaro Melián Lafinur, Pedro Miguel Obligado y Ricardo Rojas.

Administrador: D. Rómulo Zabala. Asesor letrado: Dr. Augusto Rodríguez Larreta. La Secretaría de la Sociedad Argentina de Escritores, funcionará provisoriamente en el Museo Mitre, San Martín 338.

LA revista cubana "1928" se propone realizar a mediados del año próximo una Exposición del Libro Americano, movida por el ejemplo de *La Vida Literaria*, que prepara una exposición idéntica en Buenos Aires. Reproducimos más abajo el manifiesto de la notable revista de Cuba y recomendamos muy especialmente a los autores y editores nacionales que remitan un ejemplar de sus obras a nombre del organizador de la Exposición, D. Félix Lizaso, Apartado 2228, La Habana.

NUESTRA EXPOSICION DEL LIBRO AMERICANO
La idea de una exposición del libro americano en La Habana nos había seducido más de una vez, a fuerza de surgir el débil de la carencia de intercambio entre los autores de nuestro continente. Era uno de los tantos proyectos que esperaban la hora de definirse, y si ahora nos lanzamos a la difícil realización, confiamos que nos ha movido el ejemplo que nos da "La Vida Literaria" de Buenos Aires, que adelanta ya en el propósito de celebrar esta año una Exposición del Libro Americano. Desde aquí lanzamos la llamada para organizar una similar exposición entre nosotros. Directamente nos hemos dirigido ya a escritores y librerías de América, porque es urgente que se necesite de generosa ayuda. Hemos de ver en él, no sólo los beneficios directos que ha de reportar a nuestra cultura, sino también los provechos que pueden derivarse para autores y publicistas extranjeros, dejando establecidos vínculos comerciales y relaciones ideológicas. Estamos seguros del éxito que ha de alcanzar este empeño nuestro. Contamos

con la acogida cordial que "1928" ha despertado entre los espíritus más selectos de América y con el concepto en que se le tiene, para que sus proyectos no caigan en el vacío. Sus actos todos realizados hasta ahora en exposiciones, conferencias, ediciones — le dan derecho a esperar una cooperación eficaz.

La Exposición del Libro Americano se abrirá en junio del año próximo. Los libros que se nos envíen con ese destino, serán vendidos al término de la exhibición, y el producto de las ventas se destinará a cubrir los gastos que la Exposición origine.

(Casarrubá, editores, quedamos pendientes de sus envíos!)
Hasta la fecha sabemos que enviarán libros a la Exposición organizada por "1928" las editoriales "Babel", "Minerva", Gleizer, Samet, Cabaut, etc.

ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA publicará próximamente, por intermedio del editor Gleizer, un nuevo libro de apologos y humoradas: *La aplicación de Jehová*. El autor de *Las tentaciones de don Antonio* no se decidió a llamar este libro *Así hablaba Perogrullo* para no repetir el truco anterior. Sin embargo...

Ahora bien, si los primeros libros — particularmente *El Poema de Nemián* — conquistaron numerosos admiradores al poeta cordobés, los últimos, sobre todo *América*, le trajeron los denuestos del elemento joven de la república de las letras. Y es que nuestros muchos sospechan con Enrique Heine, de toda obra que no ha sido concebida, como un hijo, en nueve meses. Veinticuatro volúmenes en quince años — dicen — equivale a un libro cada siete meses. Lo cual es realmente grave.

No sólo porque impide al autor familiarizarse con sus propias criaturas; sino también porque lo obliga a producir a medida que va estudiando, sin dejarle tiempo entre la concepción y el parto. (Con todo, *Babel* y *el castellano* no es el más discutible de los libros del Dr. Capdevila. Pero es sí, uno de los menos significativos, no obstante los grandes subtítulos, empezando, es claro, por el primero de todos: "Un gran imperio espiritual".

En esta primera parte el Sr. Capdevila se limita a resumir con ayuda del Sr. Costa Álvarez, especialista en la materia, las opi-

EL poeta Luis Franco acaba de reincorporarse al elenco de colaboradores de "La Nación". Digna actitud asumida a consecuencia de una burla editorial de "La Prensa" con motivo de su conferencia en la Exposición del Libro. En nuestro número anterior dimos a conocer un fragmento de dicha conferencia. Ahora publicamos un extracto de su reciente disertación en la feria de libros nacionales.

MUCHOS de los poetas y escritores que han presentado libros al concurso municipal se proponen votar a D. Alberto Gerchunoff como representante de los autores.

DENTRO de pocos días se embarcará nuevamente para los Estados Unidos nuestro amigo y colaborador Arturo S. Mom, cuyas crónicas sobre astros y estrellas del cine yanqui constituyeron uno de los más sonados éxitos literarios. Mom se propone reunir dichas crónicas por intermedio de la editorial "Babel".

niones de Alberdi y Sarmiento sobre tan arduo problema. Y todo para señalar, a su favor, el cambio de frente del prócer tucumano. Poco cosa en verdad. Alberdi "soñador juvenil", anota estas observaciones que hoy hacen los jóvenes de su misma edad: "En las calles de Buenos Aires circular un castellano modificado por el pueblo porteño, que algunos escritores argentinos, no parecidos en esto a Dante, desdeñan por el castellano".

Pero Alberdi "pensador envejecido", escribe estas otras palabras más del gusto de D. Arturo Capdevila: "¡Ojalá pudiera España conquistarnos hasta hacer un hablante como Cervantes de cada americano del Sur!".

Un hablante como Cervantes, ¿nada menos señor Capdevila? En verdad, es el caso de pedir el cumplimiento de una reciente propuesta de Ventura García Calderón: *Hacer con el Quijote un auto de esperanza y caridad en cualquier plaza de Madrid*.

Y cuanto antes, puesto que todavía quedan escritores argentinos que — como Capdevila — esperan y desean la conquista gramaticura de la Península por intermedio de la academia, y según la última edición del Quijote de Rodríguez Marín.

Pero qué mucho, si en el mismo capítulo del libro que comentamos, el señor Capdevila, partidario del "pensador envejecido" de Tucumán, se permite reprocharle a José María Gutiérrez "la vanidosa arrogancia de rechazar el diploma de la Real Academia Española". Como si cupiese duda de que don Leopoldo Lugones va a repetir esa "vanidosa arrogancia" no bien reciba dicho diploma. Pero el señor Capdevila parece no sospecharlo siquiera. De lo contrario, habría arrancado de *Los Hijos del Sol* su dedicatoria a Lugones:

... sed tu miki (ita similitudine naturae prebat) maxime imitabilis, maxime imitandus...

Porque fué precisamente Lugones, quien en su magnífica conferencia sobre Rubén Darío, dijo que llegara "el último libertador de América".

"Repetición vacía de una retórica ya muerta, empujada en esta quimera anticuificada y antinatural: que el nuevo mundo llegue hablando como España, solamente para el idioma que es la más noble de las funciones humanas no había existido emancipación. El falso purismo de la Academia, la bella formada en recetas de curanderos parálisis rítmica, la indigencia de la rima, el verso blanco, la licencia poética, la abundancia declamatoria: todos estos accidentes que no son sino justificaciones de la ignorancia y autojustificaciones a la mediocridad, constituyen nuestro código, o mejor dicho nuestro "código" en materia de idioma. Imitar, imitar siempre a los clásicos inimitables, era la prescripción: ser como los muertos en un mundo de vivos..."

Esto a fines del siglo pasado. ¿Y ahora? El libro de Arturo Capdevila no contesta este punto. Al señor Capdevila le preocupa más que el problema del idioma, común con sus naturales diferencias de clima y evolución "el embrollado problema del tú y del vos" y más aún el problema editorial. A este último dedica una buena parte de sus comentarios, a nuestro juicio, incorrectos en gran parte. Porque si es cierto que ahora, editorialmente hablando, Santiago de Chile está más cerca de Madrid que de Buenos Aires (no es menos cierto que también Buenos Aires

está más cerca de París o de Londres que de Madrid. Y de aceptarse para siempre lo primero, habría que aceptar también lo segundo.

En resumen, el problema del idioma castellano en Babel o en América, es menos simple de lo que el señor Capdevila cree. No es cuestión de que las abuelas argentinas repitan a sus nietos las mismas palabras de las abuelas españolas, ni que los escritores de América escriban según el dictado de los abuelos de la academia real... No; el problema de la unidad del idioma en los países hispanoamericanos, incluso España, es muy otro, y los argumentos en favor de la unidad no hay que ir a buscarlos en Castilla sino en los hispanistas modernos: ingleses, americanos, franceses, alemanes, etc. Por eso también, aunque creemos muy interesante la parte de *Babel y castellano*, dedicada a los separadistas, ella no cuenta mucho al lado de los profundos estudios de algunos especialistas alemanes... Lo cual prueba, una vez más, que para conservar el castellano en América, necesitamos antes que la colaboración de la Academia, la de Babel... Y eso según la profética estrofa de Darío, en su *Canto a la Argentina*.

... Aquí se confunde el tropel de los que a lo infinito tienden, y se critica la Babel en donde todos se comprenden.

Samuel Glusberg. Eduardo Uribe.

Crítica de libros

"BABEL Y EL CASTELLANO"

de Arturo Capdevila

Es este el vigésimo volumen de las obras completas de D. Arturo Capdevila, que, como es sabido, empezamos a publicar hace poco más de quince años.

Ahora bien, si los primeros libros — particularmente *El Poema de Nemián* — conquistaron numerosos admiradores al poeta cordobés, los últimos, sobre todo *América*, le trajeron los denuestos del elemento joven de la república de las letras. Y es que nuestros muchos sospechan con Enrique Heine, de toda obra que no ha sido concebida, como un hijo, en nueve meses. Veinticuatro volúmenes en quince años — dicen — equivale a un libro cada siete meses. Lo cual es realmente grave.

No sólo porque impide al autor familiarizarse con sus propias criaturas; sino también porque lo obliga a producir a medida que va estudiando, sin dejarle tiempo entre la concepción y el parto.

(Con todo, *Babel* y *el castellano* no es el más discutible de los libros del Dr. Capdevila. Pero es sí, uno de los menos significativos, no obstante los grandes subtítulos, empezando, es claro, por el primero de todos: "Un gran imperio espiritual".

En esta primera parte el Sr. Capdevila se limita a resumir con ayuda del Sr. Costa Álvarez, especialista en la materia, las opi-

niones de Alberdi y Sarmiento sobre tan arduo problema. Y todo para señalar, a su favor, el cambio de frente del prócer tucumano. Poco cosa en verdad.

Alberdi "soñador juvenil", anota estas observaciones que hoy hacen los jóvenes de su misma edad: "En las calles de Buenos Aires circular un castellano modificado por el pueblo porteño, que algunos escritores argentinos, no parecidos en esto a Dante, desdeñan por el castellano".

Pero Alberdi "pensador envejecido", escribe estas otras palabras más del gusto de D. Arturo Capdevila: "¡Ojalá pudiera España conquistarnos hasta hacer un hablante como Cervantes de cada americano del Sur!".

Un hablante como Cervantes, ¿nada menos señor Capdevila? En verdad, es el caso de pedir el cumplimiento de una reciente propuesta de Ventura García Calderón: *Hacer con el Quijote un auto de esperanza y caridad en cualquier plaza de Madrid*.

Y cuanto antes, puesto que todavía quedan escritores argentinos que — como Capdevila — esperan y desean la conquista gramaticura de la Península por intermedio de la academia, y según la última edición del Quijote de Rodríguez Marín.

Pero qué mucho, si en el mismo capítulo del libro que comentamos, el señor Capdevila, partidario del "pensador envejecido" de Tucumán, se permite reprocharle a José María Gutiérrez "la vanidosa arrogancia de rechazar el diploma de la Real Academia Española". Como si cupiese duda de que don Leopoldo Lugones va a repetir esa "vanidosa arrogancia" no bien reciba dicho diploma. Pero el señor Capdevila parece no sospecharlo siquiera. De lo contrario, habría arrancado de *Los Hijos del Sol* su dedicatoria a Lugones:

... sed tu miki (ita similitudine naturae prebat) maxime imitabilis, maxime imitandus...

Porque fué precisamente Lugones, quien en su magnífica conferencia sobre Rubén Darío, dijo que llegara "el último libertador de América".

"Repetición vacía de una retórica ya muerta, empujada en esta quimera anticuificada y antinatural: que el nuevo mundo llegue hablando como España, solamente para el idioma que es la más noble de las funciones humanas no había existido emancipación. El falso purismo de la Academia, la bella formada en recetas de curanderos parálisis rítmica, la indigencia de la rima, el verso blanco, la licencia poética, la abundancia declamatoria: todos estos accidentes que no son sino justificaciones de la ignorancia y autojustificaciones a la mediocridad, constituyen nuestro código, o mejor dicho nuestro "código" en materia de idioma. Imitar, imitar siempre a los clásicos inimitables, era la prescripción: ser como los muertos en un mundo de vivos..."

Esto a fines del siglo pasado. ¿Y ahora? El libro de Arturo Capdevila no contesta este punto. Al señor Capdevila le preocupa más que el problema del idioma, común con sus naturales diferencias de clima y evolución "el embrollado problema del tú y del vos" y más aún el problema editorial. A este último dedica una buena parte de sus comentarios, a nuestro juicio, incorrectos en gran parte. Porque si es cierto que ahora, editorialmente hablando, Santiago de Chile está más cerca de Madrid que de Buenos Aires (no es menos cierto que también Buenos Aires

está más cerca de París o de Londres que de Madrid. Y de aceptarse para siempre lo primero, habría que aceptar también lo segundo.

En resumen, el problema del idioma castellano en Babel o en América, es menos simple de lo que el señor Capdevila cree. No es cuestión de que las abuelas argentinas repitan a sus nietos las mismas palabras de las abuelas españolas, ni que los escritores de América escriban según el dictado de los abuelos de la academia real... No; el problema de la unidad del idioma en los países hispanoamericanos, incluso España, es muy otro, y los argumentos en favor de la unidad no hay que ir a buscarlos en Castilla sino en los hispanistas modernos: ingleses, americanos, franceses, alemanes, etc. Por eso también, aunque creemos muy interesante la parte de *Babel y castellano*, dedicada a los separadistas, ella no cuenta mucho al lado de los profundos estudios de algunos especialistas alemanes... Lo cual prueba, una vez más, que para conservar el castellano en América, necesitamos antes que la colaboración de la Academia, la de Babel... Y eso según la profética estrofa de Darío, en su *Canto a la Argentina*.

... Aquí se confunde el tropel de los que a lo infinito tienden, y se critica la Babel en donde todos se comprenden.

Samuel Glusberg. Eduardo Uribe.

"BABEL Y EL CASTELLANO"

de Arturo Capdevila

Es este el vigésimo volumen de las obras completas de D. Arturo Capdevila, que, como es sabido, empezamos a publicar hace poco más de quince años.

Ahora bien, si los primeros libros — particularmente *El Poema de Nemián* — conquistaron numerosos admiradores al poeta cordobés, los últimos, sobre todo *América*, le trajeron los denuestos del elemento joven de la república de las letras. Y es que nuestros muchos sospechan con Enrique Heine, de toda obra que no ha sido concebida, como un hijo, en nueve meses. Veinticuatro volúmenes en quince años — dicen — equivale a un libro cada siete meses. Lo cual es realmente grave.

No sólo porque impide al autor familiarizarse con sus propias criaturas; sino también porque lo obliga a producir a medida que va estudiando, sin dejarle tiempo entre la concepción y el parto.

(Con todo, *Babel* y *el castellano* no es el más discutible de los libros del Dr. Capdevila. Pero es sí, uno de los menos significativos, no obstante los grandes subtítulos, empezando, es claro, por el primero de todos: "Un gran imperio espiritual".

En esta primera parte el Sr. Capdevila se limita a resumir con ayuda del Sr. Costa Álvarez, especialista en la materia, las opi-

niones de Alberdi y Sarmiento sobre tan arduo problema. Y todo para señalar, a su favor, el cambio de frente del prócer tucumano. Poco cosa en verdad.

Alberdi "soñador juvenil", anota estas observaciones que hoy hacen los jóvenes de su misma edad: "En las calles de Buenos Aires circular un castellano modificado por el pueblo porteño, que algunos escritores argentinos, no parecidos en esto a Dante, desdeñan por el castellano". Pero Alberdi "pensador envejecido", escribe estas otras palabras más del gusto de D. Arturo Capdevila: "¡Ojalá pudiera España conquistarnos hasta hacer un hablante como Cervantes de cada americano del Sur!". Un hablante como Cervantes, ¿nada menos señor Capdevila? En verdad, es el caso de pedir el cumplimiento de una reciente propuesta de Ventura García Calderón: *Hacer con el Quijote un auto de esperanza y caridad en cualquier plaza de Madrid*. Y cuanto antes, puesto que todavía quedan escritores argentinos que — como Capdevila — esperan y desean la conquista gramaticura de la Península por intermedio de la academia, y según la última edición del Quijote de Rodríguez Marín. Pero qué mucho, si en el mismo capítulo del libro que comentamos, el señor Capdevila, partidario del "pensador envejecido" de Tucumán, se permite reprocharle a José María Gutiérrez "la vanidosa arrogancia de rechazar el diploma de la Real Academia Española". Como si cupiese duda de que don Leopoldo Lugones va a repetir esa "vanidosa arrogancia" no bien reciba dicho diploma. Pero el señor Capdevila parece no sospecharlo siquiera. De lo contrario, habría arrancado de *Los Hijos del Sol* su dedicatoria a Lugones:

... sed tu miki (ita similitudine naturae prebat) maxime imitabilis, maxime imitandus...

Porque fué precisamente Lugones, quien en su magnífica conferencia sobre Rubén Darío, dijo que llegara "el último libertador de América".

"Repetición vacía de una retórica ya muerta, empujada en esta quimera anticuificada y antinatural: que el nuevo mundo llegue hablando como España, solamente para el idioma que es la más noble de las funciones humanas no había existido emancipación. El falso purismo de la Academia, la bella formada en recetas de curanderos parálisis rítmica, la indigencia de la rima, el verso blanco, la licencia poética, la abundancia declamatoria: todos estos accidentes que no son sino justificaciones de la ignorancia y autojustificaciones a la mediocridad, constituyen nuestro código, o mejor dicho nuestro "código" en materia de idioma. Imitar, imitar siempre a los clásicos inimitables, era la prescripción: ser como los muertos en un mundo de vivos..."

Esto a fines del siglo pasado. ¿Y ahora? El libro de Arturo Capdevila no contesta este punto. Al señor Capdevila le preocupa más que el problema del idioma, común con sus naturales diferencias de clima y evolución "el embrollado problema del tú y del vos" y más aún el problema editorial. A este último dedica una buena parte de sus comentarios, a nuestro juicio, incorrectos en gran parte. Porque si es cierto que ahora, editorialmente hablando, Santiago de Chile está más cerca de Madrid que de Buenos Aires (no es menos cierto que también Buenos Aires

está más cerca de París o de Londres que de Madrid. Y de aceptarse para siempre lo primero, habría que aceptar también lo segundo.

En resumen, el problema del idioma castellano en Babel o en América, es menos simple de lo que el señor Capdevila cree. No es cuestión de que las abuelas argentinas repitan a sus nietos las mismas palabras de las abuelas españolas, ni que los escritores de América escriban según el dictado de los abuelos de la academia real... No; el problema de la unidad del idioma en los países hispanoamericanos, incluso España, es muy otro, y los argumentos en favor de la unidad no hay que ir a buscarlos en Castilla sino en los hispanistas modernos: ingleses, americanos, franceses, alemanes, etc. Por eso también, aunque creemos muy interesante la parte de *Babel y castellano*, dedicada a los separadistas, ella no cuenta mucho al lado de los profundos estudios de algunos especialistas alemanes... Lo cual prueba, una vez más, que para conservar el castellano en América, necesitamos antes que la colaboración de la Academia, la de Babel... Y eso según la profética estrofa de Darío, en su *Canto a la Argentina*.

... Aquí se confunde el tropel de los que a lo infinito tienden, y se critica la Babel en donde todos se comprenden.

Samuel Glusberg. Eduardo Uribe.

"BABEL Y EL CASTELLANO"

de Arturo Capdevila

Es este el vigésimo volumen de las obras completas de D. Arturo Capdevila, que, como es sabido, empezamos a publicar hace poco más de quince años.

Ahora bien, si los primeros libros — particularmente *El Poema de Nemián* — conquistaron numerosos admiradores al poeta cordobés, los últimos, sobre todo *América*, le trajeron los denuestos del elemento joven de la república de las letras. Y es que nuestros muchos sospechan con Enrique Heine, de toda obra que no ha sido concebida, como un hijo, en nueve meses. Veinticuatro volúmenes en quince años — dicen — equivale a un libro cada siete meses. Lo cual es realmente grave.

No sólo porque impide al autor familiarizarse con sus propias criaturas; sino también porque lo obliga a producir a medida que va estudiando, sin dejarle tiempo entre la concepción y el parto.

(Con todo, *Babel* y *el castellano* no es el más discutible de los libros del Dr. Capdevila. Pero es sí, uno de los menos significativos, no obstante los grandes subtítulos, empezando, es claro, por el primero de todos: "Un gran imperio espiritual".

En esta primera parte el Sr. Capdevila se limita a resumir con ayuda del Sr. Costa Álvarez, especialista en la materia, las opi-

niones de Alberdi y Sarmiento sobre tan arduo problema. Y todo para señalar, a su favor, el cambio de frente del prócer tucumano. Poco cosa en verdad.

Alberdi "soñador juvenil", anota estas observaciones que hoy hacen los jóvenes de su misma edad: "En las calles de Buenos Aires circular un castellano modificado por el pueblo porteño, que algunos escritores argentinos, no parecidos en esto a Dante, desdeñan por el castellano". Pero Alberdi "pensador envejecido", escribe estas otras palabras más del gusto de D. Arturo Capdevila: "¡Ojalá pudiera España conquistarnos hasta hacer un hablante como Cervantes de cada americano del Sur!". Un hablante como Cervantes, ¿nada menos señor Capdevila? En verdad, es el caso de pedir el cumplimiento de una reciente propuesta de Ventura García Calderón: *Hacer con el Quijote un auto de esperanza y caridad en cualquier plaza de Madrid*. Y cuanto antes, puesto que todavía quedan escritores argentinos que — como Capdevila — esperan y desean la conquista gramaticura de la Península por intermedio de la academia, y según la última edición del Quijote de Rodríguez Marín. Pero qué mucho, si en el mismo capítulo del libro que comentamos, el señor Capdevila, partidario del "pensador envejecido" de Tucumán, se permite reprocharle a José María Gutiérrez "la vanidosa arrogancia de rechazar el diploma de la Real Academia Española". Como si cupiese duda de que don Leopoldo Lugones va a repetir esa "vanidosa arrogancia" no bien reciba dicho diploma. Pero el señor Capdevila parece no sospecharlo siquiera. De lo contrario, habría arrancado de *Los Hijos del Sol* su dedicatoria a Lugones:

... sed tu miki (ita similitudine naturae prebat) maxime imitabilis, maxime imitandus...

"LOS CABALLEROS LAS PREFIEREN RUBIAS"

Del diario de una "ingenua" según la célebre novela de ANITA LOOS.

con RUTH TAYLOR ALICE WITH FORD STERLING

Producción Especial Paramount

Víala esta semana en los siguientes Cines: Selet Lavalle - Florida - Princesa - Paramount - Electric - Astral

LOS TANGOS
"Niño Bien"

CIGARRILLOS
20-30 y 40
CTS.

PICCARDO & CIA. L^{ta} S.A.
LIBREROS DE TRUJÍ